



UNIVERSIDAD
SERGIO ARBOLEDA



Editorial
• UNIMAGDALENA •

Historia de Santa Marta
y el “Magdalena Grande”.
Del período Nahuange al
siglo XXI - Tomo 2



Historia de Santa Marta y el "Magdalena Grande": del periodo Nahuange al siglo XXI / Jorge Enrique Elías-Caro y Joaquín Viloria De la Hoz, compiladores. – 1a. ed. -- Santa Marta: Universidad del Magdalena : Universidad Sergio Arboleda, 2018.

2 v. : il.

Incluye datos biográficos de los compiladores en la pasta. -- Contiene referencias bibliográficas al final de cada capítulo.

ISBN 978-958-746-133-6 (obra completa) -- 978-958-746-128-2 (Tomo 1) -- 978-958-746-130-5 (Tomo 2)

1. Taironas - Historia 2. Santa Marta – Historia I. Elías-Caro, Jorge Enrique II. Viloria De la Hoz, Joaquín III. Serie

CDD: 986.116 ed. 23

CO-BoBN– a1029126

Primera edición, agosto de 2018

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena

Carrera 32 No. 22 - 08 / Bloque 8 - Segundo Piso

(57 - 5) 4217940 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co>

© UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA

Calle 18 # 14 A – 18

(57 - 5) 434 6444

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

www.usergioarboleda.edu.co

Diseño de portada y diagramación: Jimmy Fernando Salcedo

Imagen de portada: Puerto de Santa Marta. Acuarela de Edward Walhouse Mark, 1845

Corrección de estilo: Alejandro Cuervo

Editor literario: Clinton Ramírez C.

Santa Marta, Colombia, 2018

ISBN obra completa: 978-958-746-133-6

ISBN volumen 2: 978-958-746-130-5 (impreso)

ISBN volumen 2: 978-958-746-131-2 (pdf)

ISBN volumen 2: 978-958-746-132-9 (epub)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

HISTORIA DE SANTA MARTA Y EL “MAGDALENA GRANDE” Del período Nahuange al siglo XXI

Jorge Enrique Elías-Caro y Joaquín Vilorio De la Hoz
(Compiladores)

Contenido

Prólogo	7
Santa Marta y sus 500 años, a manera de introducción.....	11
Jorge Enrique Elías-Caro Joaquín Viloria De La Hoz	
Dos aduanas y un litoral extenso: recorrido por el Magdalena Grande en clave de contrabando, 1821-1886	35
Muriel Laurent	
El caudillo Francisco Carmona y su relación con los cienagueros.....	77
Steinar A. Sæther	
En pos de un “pueblo virtuoso, inteligente e instruido”: esfuerzos de homogenización y acerca de un proyecto social. La experiencia del Estado Soberano del Magdalena	101
Adriana Santos Delgado	
La institucionalidad de la educación superior en la provincia de Santa Marta y el Magdalena en el siglo XIX.....	135
Jorge Enrique Elías-Caro William Renán-Rodríguez	
Comercio exterior en Santa Marta: el papel del puerto samario durante los siglos XIX y XX	181
Joaquín Viloria De la Hoz	
Celebraciones religiosas y populares en la antigua provincia de Santa Marta (siglos XVIII, XIX y XX)	217
Edgar Rey Sinning	

United Fruit Company en el Magdalena en el siglo XX: análisis de sus operaciones en el contexto internacional	253
Marcelo Bucheli	
Vivir en Macondo: economía y cultura en el enclave bananero de la United Fruit Company en Magdalena	273
Catherine C. LeGrand	
Traducción: Silvia Castillo Sisley	
Enfermedad holandesa y exportaciones de banano en el Caribe colombiano, 1910-1950.....	325
Adolfo Meisel Roca	
Competitividad comercial del Magdalena grande, 1991-2006	365
Etna Mercedes Bayona Velásquez	
La economía de los departamentos del Cesar, La Guajira y Magdalena, 1980-2012	395
María Modesta Aguilera Díaz	
Medios, memoria y víctimas: una aproximación cualitativa al conflicto armado en el Departamento del Magdalena	429
Edimer Latorre Iglesias	
Leonardo Herrera Delghams	

«Si no volvemos a dormir, mejor», decía José Arcadio Buendía, de buen humor. «Así nos rendirá más la vida». Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último, la identidad de las personas y aún la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado.

Gabriel García Márquez.

Prólogo

En estos tiempos de hiper-conectividad 24x7, nos abocamos a una nueva peste del olvido, resultado del insomnio digital y es tal vez por esto que hemos empezado a perder los recuerdos y a vivir en un presente llenos de etiquetas y sin espacios para la memoria. Antes que perdamos la conciencia de nuestro propio ser, como bien lo vaticinaba nuestro Nobel, llegó el momento de recostar un taburete en la puerta y conocer esa historia que tanto nos hace falta recordar y no olvidar.

Y no podía ser de otra manera que a través de una alianza entre dos instituciones educativas que tienen la misión y obligación de publicar productos que den cuenta del devenir histórico de las diferentes regiones del país y en particular de la nuestra. Las Universidades del Magdalena y Sergio Arboleda de Santa Marta presentan este primer trabajo conjunto de edición sobre la historia y la cultura de la antigua Provincia de Santa Marta: un territorio conocido

posteriormente como Estado Soberano del Magdalena y hoy dividido en tres departamentos: Magdalena, Cesar y La Guajira, los cuales, ajenos a las divisiones político administrativas, mantienen una significativa relación soportada en los hechos históricos y rasgos culturales y sociales que comparten.

Aunque en la actualidad las entidades territoriales actúan de acuerdo con una dinámica autónoma, también es cierto que tanto hombres como mujeres son poseedores de la herencia de un mismo tronco cultural, contando, por supuesto, con algunas pequeñas diferencias. No obstante, las regiones anteriormente nombradas comparten el territorio sagrado de los Taironas, la Sierra Nevada de Santa Marta. Los pueblos indígenas koguis, arhuacos, wiwas y kankuamos aún se expresan en los saberes de sus ancestros. Así mismo, los cesarenses, magdalenenses y guajiros son pueblos triétnicos, fruto del entrecruzamiento de blancos europeos, indígenas y negros traídos forzosamente de África.

Como resultado, esas familias que cruzaron sus sangres sufrieron un largo proceso de mestizaje y con el paso del tiempo lograron consolidar nuevas sociedades con sus élites políticas, comerciales e intelectuales. Aunque existen trabajos pioneros sobre la evolución de estos territorios, sociedades y élites, persisten vacíos notorios a lo largo del periodo que va del siglo XVI al XIX. Ya la historiadora española María del Carmen Borrego Plá afirmó en la década de los noventa que:

Curiosamente parece que el olvido a que estuvo sometida por parte de la administración española, se hubiese traspasado al campo historiográfico que en los últimos tiempos no se ha prodigado mucho en esta parcela de territorio caribeño. Todo lo cual unido a su especial actuación a lo largo de la historia la convierten en un objetivo de máximo interés para futuras investigaciones (Borrego, 1983, pp. 146).

Es entonces evidente que existe una deuda de la academia, en especial desde disciplinas como la historia y otras ciencias sociales y humanas, que evidencian la carencia de estudios de la antigua provincia de Santa Marta. De esta manera, los escasos trabajos que se han realizado son muy limitados y durante muchos años solo se referenciaban pocos autores y textos, entre ellos la obra del historiador Ernesto Restrepo Tirado (1953) *Historia*

de la Provincia de Santa Marta y los trabajos escritos en el siglo XVIII por el Alférez Real José Nicolás de la Rosa: *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta* (1945-1975); así mismo, la obra del jesuita Antonio Julián *La Perla de la América* (1787). De forma más reciente, también se destaca la tesis doctoral *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850* (2005), del historiador noruego Steiner A. Saether, como también otros trabajos elaborados por no especialistas.

Por tanto, la decisión de publicar estos dos tomos es una forma de contribuir a la discusión sobre la historia de la antigua provincia samaria, pero a su vez, también una invitación para que los jóvenes historiadores, sociólogos, antropólogos y abogados, entre otros, que cursan sus estudios en las universidades del Caribe colombiano vuelquen su mirada hacia ese territorio que necesita ser estudiado, y que requiere de un análisis riguroso que permita comprender más y mejor las dinámicas culturales, sociales, económicas y políticas de esta región. Al mismo tiempo, el llamado se hace igualmente válido, para los estudiosos de otras universidades nacionales o del extranjero. La Universidad del Magdalena por su parte trabaja en un nuevo pregrado en Historia y Patrimonio, así como en la formación de nuevos investigadores en este campo desde la línea de historia de la educación en el doctorado del mismo nombre y el diseño y construcción de una propuesta doctoral en Ciencias Sociales y Humanas.

La obra está conformada por dos tomos que en su conjunto contienen veintitrés artículos y veinticinco autores. El primer tomo consta de once capítulos, de los cuales tres están dedicados al período precolombino y ocho al período colonial; uno incursiona en el siglo XIX y otro llega a plantear problemas de la actualidad. Por su lado, el segundo tomo consta de doce capítulos, de los cuales cinco abordan exclusivamente el siglo XIX, mientras que dos entreveran varios siglos (XVIII, XIX y XX) y seis el siglo XX, adicionalmente, es posible encontrar dos artículos cuya temática aborda el siglo XXI.

Con lo anterior, queremos destacar la cuidadosa selección que efectuaron los compiladores al contactar a los autores para que, como especialistas en sus respectivas temáticas, asumieran la responsabilidad de producir un artículo que garantizara su calidad y que diera cuenta de su experticia.

Los autores seleccionados no solo son de la región Caribe, sino de otras partes de Colombia; además también se enfilan entre estas páginas ensayos de especialistas provenientes de Europa y Norte América. Aparte de lo anterior, cabe mencionar que para las universidades del Magdalena y Sergio Arboleda constituye un honor entregar a los estudiosos de las ciencias sociales y las humanidades esta obra que sin duda enriquecerá el acervo bibliográfico de la región Caribe y el país. Igualmente, se espera que esta compilación se convierta en una consulta obligada para los especialistas y para los ciudadanos del común. Esperamos que los estudiantes y docentes de las diferentes Facultades o Escuelas de las instituciones editoras, encuentren en estos dos nuevos tomos temas de discusión sobre un territorio poco conocido a la luz de la historia, la economía o la cultura.

Con esta publicación, hemos querido honrar a Santa Marta, que prontamente cumplirá quinientos años de su fundación. Por este motivo, más que un libro dedicado al trasegar histórico de este territorio, resulta también un homenaje a este espacio geográfico; privilegiado por los acontecimientos de pasado, de los que radica su naturaleza jurídica de distrito turístico, cultural e histórico. Ante tales atributos, las dos universidades editoras vieron con buenos ojos la publicación de este estudio no solo porque cubre un vacío en términos históricos, académicos y bibliográficos, sino porque, dada su condición crítica, se permite escudriñar el pasado y allanar el camino de investigaciones ulteriores. La obra, además de proponer un acercamiento más profundo a la región, anima la conmemoración, en 2025, del quinto centenario de vida de la ciudad.

Quiero finalmente agradecer a la Universidad Sergio Arboleda y a su rector seccional, el doctor Alfredo Méndez, por su disposición a trabajar de manera conjunta en el rescate y difusión de nuestra historia. Asimismo, resalto el riguroso trabajo de compilación y edición de quienes trabajaron en esta obra, en especial del Ph.D Jorge Elías-Caro, quien ha dinamizado de forma exponencial en cantidad y calidad la producción de nuestro fondo editorial. Sin lugar a dudas a través de este tipo de trabajos estamos materializando nuestro propósito de crear desde la universidad valor social para el territorio y la región.

Pablo Vera Salazar Ph.D.
Rector Universidad del Magdalena

Santa Marta y sus 500 años, a manera de introducción

Los cronistas coloniales cuentan que en 1501 Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa recorrieron las costas de lo que más tarde sería llamado el Nuevo Reino de Granada, desde el Cabo de la Vela hasta el golfo de Urabá, descubrieron la desembocadura del río Grande de Magdalena y se acercaron a la bahía de Santa Marta. También está documentado que en Gaira los conquistadores dejaron algunos soldados en los primeros años del siglo XVI, lo que pudo marcar el comienzo del mestizaje samario. Se debe recordar que en 1514 la flota de Pedrarias Dávila arribó a Santa Marta, y en el enfrentamiento entre nativos y soldados, estos últimos tomaron prisioneros a varios indígenas, entre los cuales se encontraba una princesa matuna, apenas adolescente, de apariencia europea: “Dije que esta india principal era hermosa, porque en la verdad parecía mujer de Castilla en la blancura” (Fernández de Oviedo, 1959, p. 30). Luego de más de dos décadas de entradas furtivas a sus costas y poblaciones cercanas, la ciudad fue fundada por el adelantado Rodrigo de Bastidas el veintinueve de julio de 1525, aunque otros datos sugieren que fue un año después. No obstante, la historia de la región de Santa Marta empieza mucho antes de estas fechas relacionadas con el Descubrimiento, la Conquista y la colonización española. Con lo anterior en mente, hemos invitado a tres reconocidos antropólogos con trabajos sobre arqueología de la zona, para que valiéndose de su conocimiento y experiencia en el tema, expliquen el horizonte histórico de la provincia de Santa Marta.

Luego de los petroglifos elaborados por los indígenas ubicados en diferentes sitios circundantes de la Sierra Nevada, los primeros escritos sobre esta región fueron elaborados por cronistas de

Indias como Gonzalo Fernández de Oviedo (1959), Juan de Castellanos (1955) y fray Pedro Simón (1982); quienes escribieron en el siglo XVI sus obras sobre las provincias recién descubiertas. Posteriormente, en la segunda mitad del siglo XVIII religiosos, gobernadores y comerciantes escribieron sobre las riquezas, las necesidades e incluso sobre los obispos de la provincia de Santa Marta (De la Rosa, 1945; Julián, 1787/1980; De Narváez y Pombo, 1965). Fácilmente, este tipo de obras podría considerarse pioneras dentro del canon de referencia que sobre el Caribe neogranadino respecta; cabe agregar que los autores de estos textos fueron españoles y criollos que pasaron un período en estas ciudades. De igual manera, a lo largo del siglo XIX viajeros europeos, norteamericanos e incluso connacionales provenientes del interior del país nos legaron sus impresiones sobre la ciudad de Santa Marta y su provincia en la forma de estudios y de textos que nutren la reflexión sobre este territorio. Entre este grupo de escritores se destacan C. A. Gosselman, E. Reclus y J. Isaacs. Para finales del siglo XIX el intelectual samario José C. Alarcón (1898) publicó, la que tal vez sería, la primera historia de la antigua Provincia de Santa Marta, obra que décadas después sería complementada con la contribución de José María Valdeblánquez (1964). Por su cuenta, el trabajo pionero que utilizó de manera amplia y sistemática información del Archivo General de Indias (AGI) en Sevilla, España, fue el de Ernesto Restrepo Tirado, el cual aporta información detallada de la ciudad y su provincia durante el período colonial, es decir, desde principios del siglo XVI hasta los primeros años del XIX (1953).

Adicionalmente, desde otras disciplinas, tales como la antropología, se destacaron los trabajos de Gerardo Raichel-Dolmatoff, quien en 1945 creó el Instituto Etnológico del Magdalena, entidad de la que se sirvió para realizar una intensa investigación en jurisdicción de los actuales departamentos del Magdalena, Cesar y La Guajira (Raichel-Dolmatoff y Dussan de Reichel, 1961). Igualmente, desde la geografía, se encuentra el trabajo doctoral de James Krogzemis (1967), de la Universidad de California, y el que hasta la fecha no ha sido traducido al español.

Así mismo, vale la pena mencionar el aporte más reciente y riguroso desde el campo de la historia profesional, en el que el trabajo del historiador

noruego Steinar Saether –quien adelantó su doctorado en la Universidad de Warwick, Inglaterra, y trabajó su tesis sobre las ciudades de Santa Marta y Riohacha de finales del siglo XVIII y principios del XIX (2005)– ha marcado un hito. Los trabajos citados, y otros que no hemos mencionado, son una prueba fehaciente de que la historia de Santa Marta ha sido estudiada por varios autores: algunos empíricos y otros profesionales que se han ocupado de temas específicos y períodos concretos de la ciudad y la Provincia. No obstante, como se ha dicho con anterioridad, aún son muchos los temas que carecen de una adecuada profundización. Por esta razón, surgió la necesidad de compilar una obra que abarcara un intervalo de tiempo más amplio que los estudios anteriormente nombrados, y que adicionalmente profundizará en aquellos tópicos que no han sido investigados.

En consecuencia, la obra que aquí presentamos se compone de dos tomos y veintitrés capítulos escritos por veinticinco autores, entre los que se cuentan dieciocho colombianos y siete extranjeros. Por otra parte, por género tenemos dieciséis hombres y diez mujeres que participan en este proyecto. Todavía cabe señalar que el grueso de los autores que hicieron parte de la formación de esta obra son historiadores, entre los que se cuentan once; seguidos por economistas, entre los cuales contamos seis; en lo que respecta a disciplinas afines como la antropología, hay en nuestros haberes cuatro antropólogos y así mismo cinco estudiosos cuya formación epistemológica es variada. Vale la pena aclarar que varios de los autores que no son historiadores de pregrado, hicieron su doctorado en esta área, lo que legitima aún más este sólido grupo de estudiosos.

El cuerpo de autores que componen este libro, sobresale por su insigne formación académica, pues diecinueve de ellos poseen título de doctor o están adelantando sus estudios doctorales, mientras que los siete restantes cuentan con maestría. Como resultado, cada uno de ellos es garante de una amplia experiencia en investigación y, así mismo, de una juiciosa trayectoria en el medio de las publicaciones académicas.

Los tres primeros capítulos del tomo I están dedicados a la arqueología, el urbanismo y la tecnología de los primeros habitantes que se asentaron en

las vertientes norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta, desde principios del siglo II d.C. En el primer capítulo Juanita Sáenz, arqueóloga del Museo del Oro, deja claro que la región de Santa Marta estuvo habitada por comunidades agrícolas, alfareras y orfebres hasta unos cien años después de la Conquista española. Durante este período los habitantes de esta región sufrieron las consecuencias que los cambios políticos, religiosos y económicos implicaron. A partir de lo anterior, hoy son reconocidos al menos dos momentos cruciales de ocupación: Nahuange o período temprano, entre el 100 d.C. y el 1000 d.C., y Tairona o período Tardío entre el 1000 d.C. y el 1600 d.C.

En el capítulo la autora traza la cadena operatoria de producción metalúrgica en la Sierra Nevada de Santa Marta, durante los periodos Nahuange y Tairona, con el fin de detallar secuencias de producción que caracterizan a cada grupo orfebre. Los datos presentados en este capítulo indican que a pesar de que efectivamente ocurrieron importantes cambios sociales de un período a otro, el proceso debió haber sido lento, por lo que terminó por proveer un significado social diferente a la metalurgia, seguramente con reglas y mandatos dictados por una poderosa élite que también auspició y propició extensas transformaciones del paisaje, así como del resto de su cultura material.

En el siguiente capítulo el antropólogo Carl Langebaek, profesor de la Universidad de los Andes, centra su análisis en tres trabajos recientes que aportan información sobre “cómo eran” y “cómo se transformaron” las sociedades que ocuparon la Sierra Nevada de Santa Marta y el litoral adyacente. El capítulo está centrado en un aspecto específico: la dinámica poblacional y su distribución a lo largo del tiempo; condición que, entre otras cosas, puede ayudar a entender dicha problemática en términos de cambio social. El primer estudio de Langebaek, se remonta a una investigación realizada en las bahías del Parque Tairona (Langebaek, 2005); el segundo, por su cuenta, corresponde a una investigación detallada del sitio Chengue, un territorio relativamente pequeño del mismo parque (Dever, 2007), por último, el tercer estudio establece la comparación de dos lugares con mayor extensión, Buritaca-200, en la Sierra, y Pueblito, en la costa (Giraldo, 2010).

Al final del estudio Langebaek se pregunta en qué ha progresado nuestro conocimiento sobre la problemática que existe, a propósito de la organización política. La respuesta que ofrece ante esta inquietud es que la distribución de la población a nivel regional no ayuda a resolver aún la organización social. El trabajo realizado en el Parque Tairona no encuentra evidencias de *lugares centrales* que puedan corresponder a sedes importantes de caciques, pero, por su parte, es claro que lugares como Bonda (que es adyacente al área de estudio y tiene una enorme ocupación tardía), o Pueblito (que no está lejos) pudieron ser *lugares centrales* con influencia sobre el área estudiada, tanto en el último período prehispánico, como con anterioridad. Desde este punto se plantea el problema; ya que, precisamente, donde existen esos grandes asentamientos (por lo menos tardíos) no es posible encontrar información confiable. Como siempre, el conocimiento sobre los procesos históricos ocurridos en esta región de Colombia, y especialmente en la Sierra Nevada y el litoral adyacente, será ampliado mediante investigaciones arqueológicas, que formulen nuevos interrogantes que los proyectos descritos todavía no se han formulado, o, a despecho de lo anterior, que aún no se han podido responder adecuadamente.

Esta primera parte del libro cierra con el capítulo del antropólogo Santiago Giraldo, vinculado con el Global Heritage Fund y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas y Ambientales Tairona. Para su contribución, Giraldo recoge las aproximaciones más recientes que se tienen, sobre los grandes poblados tairona: dispersos sobre las caras norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta. Según el autor, se han documentado más de doscientos poblados ubicados desde la franja costera hasta alturas superiores a los dos mil metros sobre el nivel del mar.

Debido a la complejidad de sus contrucciones y de su extensión, los poblados tairona representan un fenómeno único pero, asimismo, poco estudiado en el norte de Suramérica. Al día de hoy, tal vez se conocen, con algo de detalle, ocho o nueve pueblos tairona. Sin embargo, solo tres (Pueblito, Teyuna-Ciudad Perdida, y B-201) cuentan con levantamientos topográficos y arquitectónicos lo suficientemente precisos como para permitir el ejercicio de un análisis más sofisticado. De acuerdo con el autor, la evidencia arqueológica y paleoambiental permite inferir que la construcción

y la actividad agrícola, desarrollada por estas sociedades entre el año 200 y el 1600 d.C., produjo grandes cambios en el paisaje de las zonas norte y occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta a través de varios períodos. Se presupone, además, que estos grupos transformaron y cambiaron profundamente los espacios que habitaron, convirtiéndolos en el transcurso del tiempo en paisajes culturales.

A partir del capítulo cuatro, se da inicio al análisis del período de la Conquista y la Colonia española. El artículo de Veronique Benei, antropóloga vinculada con el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de Francia, trata sobre la institución de la esclavitud en Santa Marta; por lo que la autora consultó archivos históricos en Colombia, Curazao, Aruba, Trinidad, España, Inglaterra y Francia para la elaboración de este y otros trabajos. En este caso particular, el capítulo de Benei, arroja luces a los lectores, a propósito de la trata de esclavos en Santa Marta durante el período que se extiende desde la llegada de los españoles, hasta principios del siglo XIX. Uno de los mayores logros de este capítulo es presentar, por medio de algunos documentos historiográficos poco conocidos hasta ahora, las premisas de una investigación demarca nuevas posibilidades de discusión y un terreno fértil para desarrollar en el futuro.

La autora resalta que la esclavitud, como sistema mercantil oficial, no era tan productiva como en Cartagena de Indias durante la misma época, sí lo fue de manera ilegal. De esta manera, el contrabando de esclavos llegó a constituirse como una preocupación para la Corona, tras apenas treinta años después de la fundación de la ciudad. Por lo que desde esa época los gobernantes locales eran enviados a luchar contra dicho flagelo, con el agravante de que varios de ellos se inmiscuyeron directamente en el negocio. En el capítulo se deja en claro que la esclavitud en Santa Marta también afectó a las poblaciones indígenas, las que debieron trabajar en encomiendas para los conquistadores. La problemática descrita anteriormente no solo fue hija del siglo XVI, pues perduró aún en el transcurso de la Colonia, hasta prolongarse hasta la segunda mitad del siglo XVII con la presencia de los esclavos africanos. De igual forma, en este capítulo se presentan los casos de patente de corso que arribaban a Santa Marta, así

como la presencia de esclavos en las actividades económicas de Joaquín De Mier y Benítez, el empresario más próspero de la ciudad.

Por su parte, el capítulo escrito por Venancio Aramis Bermúdez, analiza la práctica de la endogamia y la concentración del poder político y económico en unas pocas familias de la elite de Santa Marta durante el período colonial. La sección de Bermúdez se compone de dos partes: la primera trata sobre el poder y la administración pública en la provincia, motivo por el que el autor emprende un recorrido histórico por la provincia de Santa Marta desde 1501, atravesando a lo largo de su exposición un elenco de gobernadores del siglo XVI y principios del XVII; lo anterior conlleva un señalamiento sobre la práctica generalizada del contrabando, de la que participaban incluso funcionarios de alto rango del régimen colonial.

Adicionalmente, el autor relata cómo con la llegada de la dinastía de los Borbones, se impulsaron reformas al régimen comercial, a la vez que se establecieron los monopolios de tabaco, aguardiente y otros productos y se promovió un amplio proyecto de refundación de pueblos, en el que sobresalió, para el caso de la Nueva Granada, el que se adelantó en las provincias de Cartagena y Santa Marta. En la segunda parte del documento, el autor muestra las redes familiares que la elite samaria construyó a lo largo del período colonial, como una forma de conservar y aumentar el poder político y la fortuna familiar. Las alianzas matrimoniales utilizadas por estas familias fueron un mecanismo que permitió mantener un alto grado de cohesión y prestigio social.

En el capítulo siguiente, la historiadora española María del Carmen Borrego Plá, profesora emérita de la Universidad de Sevilla, analiza la fundación de Nueva Salamanca de La Ramada; territorio cuyas características hostiles, tales como la humedad del clima, fueron propicias para enfermedades tropicales. Sumadas a la humedad y cálidez del ambiente, también se presentaban época de intensas lluvias, con tormentas y vendavales. Adicionalmente, uno de los rasgos más problemáticos de este terreno era tener un desembarcadero de poca profundidad. Con la mención de los anteriores inconvenientes, la autora desarrolla una reflexión sobre las condiciones poblacionales y las características ambientales. Amén de lo anterior, se despliega información pertinente sobre las primeras noticias de estas

tierras que datan de la década de 1520. El tema central de estas oscila entre la belicosidad indígena y las condiciones ambientales, ambos factores de riesgo que impidieron el establecimiento de asentamientos españoles hasta el año de 1561, fecha en la que finalmente se fundó Nueva Salamanca de La Ramada.

Con los problemas anteriormente descritos, las consecuencias fueron adversas, por ejemplo, el despoblamiento se agravaba cada vez más, por lo que la zona terminaría por convertirse en una “plataforma para el paso” a otras regiones del Nuevo Reino. Por su parte, los indígenas no gozarían de mejor suerte que los españoles; la imparable y progresiva disminución de estos fue incrementando a causa de las epidemias, el agotamiento laboral, el descenso demográfico y las frecuentes huidas al vecino territorio guajiro. Razón por la que Nueva Salamanca de La Ramada desapareció en 1655, ante el ataque del vicealmirante inglés William Goodson. Sin embargo, en 1846 resurgió durante la administración del presidente de la República Tomás Cipriano de Mosquera, pero ahora bajo el nombre de Dibulla. Las razones de su refundación pueden encontrarse en la mejora de su situación económica, que comenzó a despuntar a partir de la producción agrícola (cultivos de plátano, arroz, cacao y yuca), y así mismo con el aumento de la actividad ganadera y la pesquería artesanal. Para concluir el capítulo la autora expone cómo en los primeros años del siglo XXI surgen diferentes problemas y retos para Dibulla, así como alternativas económicas: se agudiza la violencia y se impone un proyecto portuario, muy criticado por algunos, puesto que podría afectar el ecosistema del territorio. Pero así mismo, la región se ha ido proyectando paulatinamente como un territorio para la práctica del ecoturismo, en el que se explotan las riquezas naturales y paisajísticas que ofrecen la Sierra Nevada de Santa Marta y el Mar Caribe.

Por su parte el historiador español Antonino Vidal, profesor de la Simón Bolívar en Barranquilla, analiza la presencia de la Compañía de Jesús en América y más específicamente en la Provincia de Santa Marta durante el siglo XVIII. El jesuita más destacado que visitó esta provincia fue el sacerdote español Antonio Julián, quien recorrió territorios apartados y alejados de los centros españoles. En estos lugares catequizó indígenas y

creó puntos de referencia, en los que estableció contacto con diversas tribus como los Chimilas y Guajiros. Dentro de este proceso, con las vivencias que experimentó Julián durante la década en la que habitó el territorio samario y con la información de las misiones a las que tuvo acceso, publicó el libro *La Perla de la América. Provincia de Santa Marta* en 1777.

En el ensayo de Vidal se hace un recorrido descriptivo por toda la obra de Antonio Julián y se exponen las tres partes en las que se divide el libro: en la primera se describe con generosidad la naturaleza de la provincia samaria y se destacan sus frutos, plantas y riquezas naturales. Mientras que, en el segundo apartado, se analiza con tintes etnográficos e históricos a las poblaciones naturales. Por su cuenta, la última parte está dedicada a las posibilidades comerciales del puerto de Santa Marta, considerado como la riqueza económica de la gobernación, por lo que se hace énfasis en la pesca de perlas y en la riqueza natural representada en el oro, la plata y las piedras preciosas. Igualmente, el cultivo de hayo o coca, palo de tinte o brasil, añil, cacao, caña de azúcar, tabaco, trigo y algodón; la ganadería, las conchas de tortugas, la sal; pescados como el bonito o salmón samario y las bondades del puerto de la ciudad. Concluyen su obra el padre Julián y el ensayo de Vidal, refiriéndose al impacto nocivo que ejercía el contrabando en la región, especialmente el inglés y el holandés. Asimismo, el autor destaca cómo toda la costa de Tierra Firme estaba infestada por este comercio ilícito.

Si bien, en el capítulo a cargo del historiador español José Manuel Serrano, profesor de la Universidad de Antioquia, se establece la relación entre ejército y fiscalidad en la provincia de Santa Marta durante el siglo XVIII. En su ensayo, Serrano informa que la conexión de los galeones con Santa Marta fue la pieza clave para entender su significado e importancia militar. Sin embargo, la fundación de Cartagena de Indias en 1535, operó en detrimento de la posición privilegiada de Santa Marta. Sobre lo anterior, el autor argumenta que el modelo de sistema defensivo a lo largo del siglo XVII que, entre otras cosas, se mantuvo principalmente inalterado durante todo el siglo XVIII, se basó en un difícil equilibrio entre los recursos propios de cada enclave, los aportes externos (comúnmente denominadas *situados*) y su significación militar. De acuerdo con lo anterior, Santa Marta

era, después de Cartagena, la segunda gobernación con importancia de Tierra Firme, por lo que disponía tanto de guarnición permanente, como de fortificaciones.

De acuerdo con Serrano, la progresiva militarización de Santa Marta se hizo evidente desde finales de 1770, período que coincidió con una mejora de los ingresos de la ciudad, gracias a los situados, y a un proceso de liberalización económica que restableció las condiciones materiales de la población. Cabe mencionar que tal proceso se vio más claramente extendido a finales de siglo. De igual modo, la incorporación de las milicias al panorama local incluyó un factor de ascenso social y aceptación del plan de reformas, porque ahora cualquiera podía ser beneficiario de las bondades del fuero militar y de un sueldo. Así las cosas, la economía samaria se vio fuertemente favorecida por el aumento del comercio exterior con colonias extranjeras. A su vez, la liberalización comercial coadyuvó a que el atractivo de ampliar las conexiones de las redes interiores con la costa fuese mayores.

El siguiente capítulo, a cargo del historiador Hugues Sánchez, profesor de la Universidad del Valle, se centra en la configuración del mundo agropecuario en la provincia de Santa Marta durante el siglo XVIII. Sánchez analiza el tema de la expansión ganadera y el papel que jugaron las reformas borbónicas en el acceso a los derechos de propiedad (tierras comunales) de libres de todos los colores e indígenas, mediante composiciones de tierras a vecinos blancos. El autor evidencia que para finales del siglo XVII la orientación económica de la provincia estaba definida: en el área de Valledupar, mediante la cría de ganado, al igual que en Tenerife y Tamalameque; mientras que en los alrededores de la ciudad de Santa Marta se consolidaron haciendas de trapiche. Entre estas últimas se destacaron las haciendas de Santa Cruz de Papares y San Pedro Alejandrino.

Al mismo tiempo, Sánchez argumenta que a diferencia de otras zonas del Nuevo Reino de Granada, en la Gobernación de Santa Marta la tendencia a fundar en derecho pueblos de indios y dotarlos de tierras comunales fue tardío, pues ocurrió después del año de 1740. De esta manera, el primer pueblo de la provincia en recibir tierras comunales fue San Juan de la Ciénaga. Para garantizar agua a las tierras de los indígenas, en 1757 se expropió a don Francisco José Núñez Dávila, dueño de la hacienda

Papares, cercana al pueblo de indios. Proceso parecido vivieron los pueblos de indios de Gaira (1765) y Mamatoco (1780), también cerca de la ciudad de Santa Marta. Estas adjudicaciones fueron importantes porque, al tener los indígenas donde cultivar, lograron, por una parte, garantizar la alimentación de su comunidad y por otra vincularse con excedentes agropecuarios a los mercados urbanos de las ciudades de Santa Marta, Valledupar, Mompo y Cartagena.

El capítulo escrito por los historiadores José Polo, profesor de la universidad de Cartagena, trata sobre el alzamiento armado de los indígenas wayú durante la segunda mitad del siglo XVIII. Manifiesta el autor que en mayo de 1769 un número considerable de parcialidades indígenas desplegaron un alzamiento armado sin precedentes contra las autoridades españolas, hacendados y religiosos capuchinos de la provincia de Riohacha, en el Caribe Neogranadino. En las acciones fueron arrasadas más de veinte poblaciones tanto de nativos como de criollos, y la ciudad de Riohacha sufrió un asedio que cortó sus comunicaciones. Este suceso es poco conocido en la historia tanto de Venezuela como de Colombia, a pesar de estar suficientemente registrado en las fuentes de la época como la Rebelión Guajira de 1769 y de que las autoridades españolas lo consideraron de suma importancia.

De acuerdo con Polo, la finalización del alzamiento supuso un desagravio y, a su vez, una compensación material a las parcialidades afectadas. Dicha restitución comenzó con la puesta en libertad de los indígenas presos. Durante el siglo XIX no se presentó un alzamiento armado similar al de 1769, probablemente porque la formación de los Estados de Venezuela y Colombia supuso no solamente un manejo diferente de las relaciones de las autoridades de ambos países con los guajiros, sino también una respuesta desigual por parte de los nativos. La presencia de autoridades de dos Estados en medio del territorio étnico afectó la dinámica de negociaciones, intercambios y conflictos entre los indígenas y la sociedad criolla.

Por su parte, el estudio de Adelaida Sourdis, miembro de número de la Academia de Historia de Colombia, alude a la presencia de los judíos sefardíes en la antigua provincia de Santa Marta. El capítulo inicia con la expulsión de los judíos de España y su peregrinación por Portugal, Francia, y

Holanda principalmente, siendo en este último país donde fueron acogidos en mayor número. Más tarde muchas familias hebreas sefardíes cruzaron el océano y empezaron a establecerse en las islas del Caribe, mayoritariamente en Curazao, colonia perteneciente a las Antillas Holandesa, en donde organizaron comunidades en las que practicaron libremente su religión, ejercieron el comercio de esclavos y mercancías, y se especializaron en el cultivo de la caña de azúcar.

Para finales del siglo XVIII la prosperidad económica de Curazao empezó a deteriorarse, agudizada por una fuerte sequía que tuvo lugar entre 1819 y 1825. En estos años también se dieron las guerras de Independencia en la mayoría de países de la América hispana, por lo que la autora se refiere al apoyo que el colectivo judío proporcionó a la empresa de Bolívar y a la causa libertadora. Ganada la Independencia, los nuevos países libertos ofrecieron a los sefardíes oportunidades para establecer negocios. En consecuencia, a causa de otro éxodo, la comunidad sefardita se dispersó por Coro, Maracaibo, Valencia y Caracas, en Venezuela; Santo Domingo y Puerto Plata, en la actual República Dominicana; Jacmel en Haití; Saint Thomas, Jamaica, Nueva York, Nueva Orleans y varias ciudades de la Nueva Granada. En nuestro país se instalaron en Riohacha, Barranquilla, Santa Marta, Ciénaga, Cartagena, Panamá y otras localidades menores. La comunidad en la provincia de Santa Marta no fue muy numerosa, aunque contó con suficientes recursos para construir su propio cementerio y ameritar que uno de sus miembros fuera designado cónsul de los Países Bajos en 1873. Estas primeras comunidades asimilaron la cultura cristiana dominante, pero sus apellidos, tales como Sourdis, permanecieron y permanecen según su herencia cultural y constituyen patronímicos de familias tradicionales.

Al mismo tiempo, los textos publicados en el segundo tomo corresponden básicamente a investigaciones que van de fines del siglo XVIII hasta los albores del XXI, aunque la mayoría de capítulos analizan la historia de los siglos XIX y XX. No obstante, en esta parte del libro los lectores encontrarán doce capítulos, de los cuales cuatro abordan exclusivamente el siglo XIX, dos se extienden por un horizonte temporal de varios siglos del XVIII hasta el XX, y los seis restantes se ocupan del siglo XX. Se debe

agregar que algunos capítulos, incluso tratan parte de lo que va corrido de estos cuatro quinquenios del nuevo milenio; de modo que por medio de estos artículos, los lectores podrán conocer variadas temáticas de distinta índole, ya sean estas de carácter social, económico, político o cultural. Como se ha afirmado con anterioridad, estos trabajos fueron realizados con la rigurosidad que exigen los métodos científicos y sobre todo, los derivados de la investigación histórica y de las ciencias sociales y humanas.

La mayoría de autores acudieron a distintos archivos históricos, localizados a nivel local, regional, nacional e internacional. Entre los archivos consultados están los de Santa Marta (Archivo Histórico del Magdalena Grande y Archivo Histórico Eclesiástico de Santa Marta), Bogotá (Archivo General de la Nación y las hemerotecas de las Bibliotecas Luis Ángel Arango y de la Nacional de Colombia). Asimismo, se consultaron distintos fondos en España, Venezuela, Curazao y Cuba. El resultado de las diferentes fuentes de consulta, arrojó como una virtud especial de este texto la diversidad de archivos, fondos y publicaciones seriadas sobre las que se basó la realización de estos capítulos. Asimismo, todas estas herramientas contribuyeron a los autores para la obtención de información primaria, la cual permitió el acercamiento hacia otras perspectivas poco conocidas de la historia de la provincia de Santa Marta y el Magdalena Grande. El beneficio de este tipo de investigación fue la generación de nuevos conocimiento sobre los hechos que sucedieron en esta provincia del Caribe neogranadino-colombiano.

Hecha esta salvedad, nos proponemos a exponer el contenido del segundo tomo, que inicia con la investigación de la historiadora Muriel Laurent, profesora de la Universidad de los Andes. En este estudio la académica estudia el fenómeno del contrabando a través de las aduanas de Santa Marta y Riohacha. Producto de esta indagación, la autora pone de manifiesto ciertos elementos inherentes al comercio como son los productos movilizadores, las diferentes rutas empleadas, los actores sociales vinculados a estas actividades, así como las lógicas y procedimientos relativos a los asuntos aduaneros.

Laurent concluye que la práctica ilícita del comercio en esta zona de Colombia no debe discutirse, hecho que fue permeado por la continuidad

de actividades que surgieron en la Colonia y se resistieron a desaparecer incluso después del periodo federal. Además de lo anterior, la autora arguye que el continuo intercambio hacía que las exportaciones ilícitas se hicieran menos visibles, pero que para las importaciones éste fenómeno sí fuera latente, básicamente por el alto grado de dificultad que existía para detectarlo. En estas actividades ilícitas estaba involucrada la población local, los comerciantes, los consumidores, pasando por el clero, las autoridades locales y los indígenas wayú.

El siguiente capítulo corresponde al trabajo del historiador noruego Steinar Sæther, profesor de la Universidad de Oslo. En su texto el autor expone cómo en la efervescencia de los nuevos estilos de liderazgo que surgieron en la América hispana del siglo XIX, se vivía, de manera concomitante, una época políticamente inestable. La particularidad de este fenómeno en Santa Marta y su *Hinterland* se personificó en el general venezolano Francisco Carmona, uno de los héroes de la Independencia de Venezuela y Colombia. Carmona se estableció en Ciénaga después de 1820, y emprendió proyectos de plantaciones azucareras en Papare y Garabulla, pero sin dejar de ser un líder militar y político importante durante las guerras que se suscitaron en las primeras décadas de vida republicana: principalmente en las conocidas como la Revolución de 1832 y la Guerra de los Supremos.

Según Sæther, el poder político y la legitimidad de Carmona se basaban en el carisma y el honor que ganó por sus servicios a la causa militar durante las guerras de independencia en Venezuela y Colombia. Dicha condición lo catapultó hasta ser considerado un caudillo regional que buscaba elementos de participación democrática y popular. El elemento crucial y novedoso de este capítulo es el proceso de investigación que desarrolló el autor, pues la obtención y revisión de datos se basó en la consulta de archivos localizados en Caracas (Venezuela) que hasta ahora no habían sido estudiados. El carácter inédito de esta información resulta útil para la construcción de la historia de Ciénaga y Santa Marta, y sobre todo, para la generación de nuevo conocimiento aplicado al enriquecimiento historiográfico sobre esta temática.

El siguiente capítulo, a cargo de la profesora Adriana Santos, docente de la Universidad del Valle, analiza los hechos históricos relacionados con la educación durante el período comprendido entre 1860 y 1880. El interés de Santos a lo largo del desarrollo de su texto, es conocer las características educativas propias del Magdalena Grande, sin perder de vista la comparación con lo acontecido en otros espacios, pues la autora sostiene que la instrucción en este territorio es, en muchos casos, una extensión de otras zonas de Colombia.

Según la autora, la experiencia de la instrucción pública en el Magdalena conformó un tejido cerrado y en cierta medida muy confuso. En dicho entramado sociocultural, se encontraron diversos discursos a nivel micropolítico, que fueron unificados por la alianza entre la Unión y el Estado Soberano del Magdalena con relación a lo que debería ser la instrucción básica, la cual debía constar de unos resultados particulares en términos de legislación regional, según las modificaciones hechas al *deber y poder ser*.

Como consecuencia de lo anterior, las características socioculturales de este territorio fueron recalçadas, lo que permitió poner en marcha diferentes proyectos y planes de emprendimiento. De igual modo, se puso de manifiesto la vinculación entre los distintos actores sociales e institucionales que hicieron parte de estos procesos de formación, detallando algunos miembros de la sociedad como claves del desarrollo, pese a la débil configuración de la identidad regional y estatal. Lo anterior tuvo como resultado respuestas frágiles de adaptación comunitaria e instrucción personal y social, que fueron matizadas por un grupo dinámicas originadas a partir de obligaciones, discusiones, disputas y concertaciones que encauzaron el panorama educativo durante el período de radicalismo liberal.

De manera similar, el siguiente capítulo aborda la temática de la educación en la provincia de Santa Marta y el Magdalena Grande durante el siglo XIX. La diferencia entre ambos trabajos radica en que la sección de Santos se centra en torno de la educación básica, mientras que este artículo trata sobre la educación superior y su institucionalidad. En este artículo Jorge Elías-Caro y William Renán-Rodríguez, profesores de la Universi-

dad del Magdalena, tuvieron presentes los distintos roles y contextos que se deben tener en cuenta para analizar las dinámicas que poseen las organizaciones educativas de nivel superior.

Los autores dan inicio a su planteamiento realizando un balance historiográfico sobre estudios de la educación superior en este espacio geográfico durante el siglo XIX. Posteriormente, exponen que como producto de las distintas reformas a la educación de la década de 1840 el régimen universitario sufrió cambios significativos, lo que sustrajo la categoría universitaria de los Colegios Superiores, en especial el provincial (posteriormente Santander) y del Seminario Conciliar. Para la década de 1850, los autores explican la oferta de educación superior basada en dos instituciones: el Colegio Bolívar y el Colegio Provincial Salazar. Por último, señalan las instituciones que tuvieron su génesis en el periodo liberal radical, entre las que se encuentran el Instituto Magdalena y la Universidad del Magdalena. A modo de cierre se elabora una relación de problemas recurrentes de la educación superior, y se presentan algunas ideas concluyentes, entre las que el aspecto más relevante resulta ser la permanente ausencia de maestros, lo que acarreaba a largo plazo un cuello de botella que cada vez se hacía más estrecho. Esta circunstancia hacía que el entorno de la educación fuera precario, y por tanto, su papel como instrumento modernizador o transformador de la sociedad fuera débil.

Continúa el trabajo del economista Joaquín Vilorio de la Hoz, gerente de la Agencia Cultural del Banco de la República de Santa Marta y profesor catedrático de la Universidad del Magdalena. En su estudio, el autor destaca las bondades naturales de la condición portuaria de la ciudad, las cuales le permitieron convertirse en una de las villas estratégicas de la temprana América hispana. No obstante, y a modo de contraste, su favorecida posición desde el punto de vista geográfico, sería aislada desde lo político y administrativo, lo que ocasionaría un relevamiento, o un estancamiento de su situación privilegiada, en especial con respecto a Cartagena de Indias.

La situación anteriormente descrita, persiste, incluso en pleno siglo XIX, aunque debido a la liberalización del comercio suscitado a fines del XVIII, el comercio legal empezó a dinamizarse, en especial con productos

importados que venían de EE.UU, Europa y las Antillas. Sobre esta cuestión, Vilorio despliega una vasta información estadística en la que explica cómo después de la década de 1830 el puerto samario se convirtió en el primero de Nueva Granada para luego, ser superado por Barranquilla en la década de 1870. A principios del siglo XX el puerto samario se concentró en la exportación de banano y, en menor medida, de café. Con la puesta en marcha de los ferrocarriles y la creación de Colpuertos a mediados del siglo XX, el puerto de Santa Marta nuevamente empezó a consolidarse como uno de los más importantes del país. En 1994, tras la liquidación de Colpuertos se abre paso a la Sociedad Portuaria de Santa Marta, entidad que recibe en concesión los activos y funciones de la entidad liquidada, dando con ello una forma más eficiente en el manejo de la actividad.

El siguiente capítulo, a cargo del sociólogo Edgar Rey Sinning, profesor de la Universidad del Magdalena, expone –desde el campo de la cultura– cómo desde épocas pasadas las diversiones se obtenían por medio del baile, los juegos, los disfraces, la música, entre otras manifestaciones culturales, las cuales siempre iban acompañadas de bebidas y comida. Las fiestas o festivales del Nuevo Mundo jugaron un papel importante para la construcción de la identidad cultural de este territorio. De manera general podría decirse que, las danzas, la gastronomía, los distintos ritmos musicales, los matrimonios, las proclamaciones políticas, los actos de coronación, las jornadas de labranzas y vaquería, la recolecta de la cosecha, el cambio de estaciones, y un sin número de motivos fueron suficiente justificación para celebrar.

Otro aspecto que devela el estudio de este autor es la diversidad de instrumentos musicales que se han usado a lo largo de la historia cultural del Magdalena Grande, de esta manera: los tambores, las gaitas, la guacharaca y distintos aparejos musicales hacen parte del inventario del patrimonio regional, qué combinado con chichas, guarapos y otras bebidas etílicas más alimentos elaborados a base de yuca, batata y maíz hicieron del deleite de los “granmagdalenenses” entre los siglos XVIII y XX. Tras dilucidar la relación entre juego, bebida y comida, el autor inicia un recorrido por las distintas fiestas y festivales que existieron a lo largo de los territorios de la antigua Gobernación de la provincia de Santa Marta, un espacio con de-

masiado músculo de cultura popular y tradicional, rasgo que en un futuro potenció a la ciudad para convertirse en un corredor turístico muy importante, tanto en ámbitos nacionales como internacionales.

Los siguientes cinco capítulos del libro tienen como objeto de estudio distintas problemáticas que ocurrieron durante el transcurso del siglo XX. Por ejemplo, Marcelo Bucheli, profesor de la Universidad de Illinois, escribe el primer trabajo que se publica sobre esta centuria, en el que se explica que el fenómeno de la globalización y la integración económica no es en lo absoluto un tema novedoso, ni es propio del siglo XXI; ya que desde finales del XIX hasta la Gran Crisis, el mundo en general vivió otro proceso de internacionalización de la economía a gran escala. Para el caso que nos ocupa, Bucheli muestra cómo después de la Guerra de los Mil Días, el gobierno buscó potencializar ciertos sectores productivos, entre estos el cafetero, petrolero y bananero, para robustecer la economía que, por ese entonces, se encontraba totalmente comprimida.

Para el autor, las actividades de la *United Fruit Co.* en la Zona Bananera del Magdalena no eran solo un asunto local, sino que se trataban de una cuestión global o de contexto internacional más amplio. Para ello, como empresa capitalista, la compañía, invertía en el territorio magdalenense y en los demás lugares en los que la empresa en su calidad de multinacional tenía producción, lo anterior servía para satisfacer la demanda de bananos en los Estados Unidos. No obstante, después de la Segunda Guerra Mundial se presentó un cambio en el consumo en los mercados internacionales en el que se privilegió la compra de frutas enlatadas, congeladas o en conservas, dicha predilección desplazó a un segundo plano el consumo de frutas frescas como el banano. En definitiva, Bucheli, explica además, como en la década de 1960 la *United Fruit* vendió gran parte de sus tierras en Magdalena para trasladarse al Urabá, en donde empezó a utilizar la tercerización como mecanismo de producción. El ensayo esclarece cómo el desarrollo económico del Magdalena entre los años que constan de 1900 al 2000 estuvo estrechamente vinculado a la economía global y a factores políticos existentes en diferentes países.

En una problemática contextual similar, pero desde el punto de vista cultural, la historiadora norteamericana Catherine C. Legrand, profesora